

El juego de la vida

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Whiteoaks of Jalna*
En cubierta: ilustración de © Chateau Lake Louise/Posterlounge
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la traducción, Carlos Jiménez Arribas
© Ediciones Siruela, S. A., 2022
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-18859-85-4
Depósito legal: M-13-2022
Impreso en Anzos
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Mazo de la Roche

EL JUEGO DE LA VIDA
LA SAGA DE LOS WHITEOAK 2

Traducción del inglés de
Carlos Jiménez Arribas

 Siruela

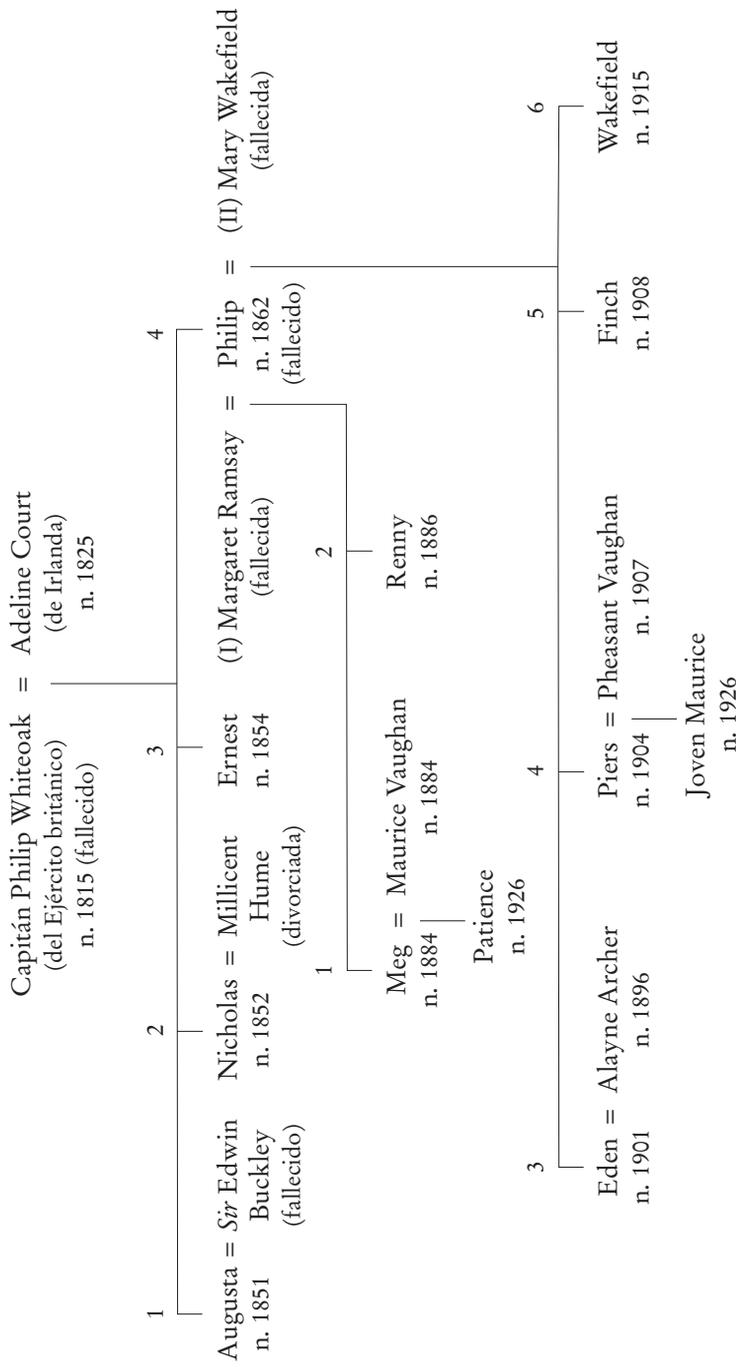
Nuevos Tiempos

Índice

I Finch	13
II La familia	35
III La casa por la noche	59
IV Finch: el actor	82
V La influencia de Leigh	97
VI Cloutie John	120
VII La orquesta	132
VIII Los cuatro hermanos	159
IX Alayne	168
X La aventura de Ernest	183
XI El tacto de Ernest	193
XII Encuentran a Eden	207
XIII El círculo	214
XIV El tentáculo de Jalna	230
XV En tierras de los Vaughan	248
XVI Encuentros en el bosque	262
XVII Encuentros nocturnos	292
XVIII La muerte de una anciana centenaria	312
XIX Jalna de luto	330
XX El joven aspirante	346
XXI El legado	361
XXII La salida del sol	390

XXIII	Renny y Alayne	406
XXIV	Entre telares	417
XXV	Un préstamo	435
XXVI	Mentiras y poemas	447
XXVII	Despedida a la francesa	465
XXVIII	Los ánades	487

LA SAGA DE LOS WHITEOAK



Para Hugh Eayrs

I

Finch

Desde el torno en el que picaban los billetes hasta el vestíbulo del Coliseo, había un pasillo cubierto con un toldo a rayas rojas y blancas. El suelo de cemento estaba húmedo por el barro de muchas pisadas, y una corriente gélida atravesaba el pasillo a más velocidad que los rápidos caballos que había dentro.

Unos cuantos rezagados entraban en ese instante, y entre ellos estaba un joven de dieciocho años, Finch Whiteoak. Le goteaban la gabardina y el mullido sombrero de fieltro, y hasta la pulida piel de sus finas mejillas brillaba a causa de la humedad.

Llevaba atados con una correa un par de libros del colegio y un desvencijado cuaderno. Lo incomodaba saberse así, con el estigma del estudiante, y pensó que ojalá no hubiera venido cargado con ese hato. Quiso esconderlo debajo de la gabardina, pero abultaba tanto y le daba un aspecto tan repulsivo a su persona que, avergonzado, volvió a sacarlo y lo llevó a la vista de todo el mundo.

Se vio rodeado de un barullo de voces en el vestíbulo, del ruido de pisadas y un gran despliegue de flores. Crisantemos monstruosos, colores extraños que lanzaban un brillo detrás de los rizados pétalos, rosas de rosada perfección, como absortas en su delicadeza al saberse perfectas, indolentes rosas

de color carmesí atestaban todos los rincones, vencidas del peso y profusión de su color y perfume.

Finch deambuló entre las flores con la sonrisa apocada todavía en los labios. Su elegancia y fragilidad, junto a la viveza de su colorido, le daban una sensación de trémula dicha. Ojalá no hubiera tanta gente. Le habría gustado dejarse llevar él solo entre las flores, absorber su perfume más que inhalarlo; absorber su vistosa profusión, más que contemplarla. Una bonita joven, casi diez años mayor que él, se inclinó sobre el gran pompón de un crisantemo que encerraba un tórrido color naranja, y lo rozó con la mejilla. «Qué cosa más adorable», dijo y exhaló un suspiro, mientras miraba sonriente al desgarrado mozuelo que tenía al lado. Finch le devolvió la sonrisa, pero se apartó de la chica. Eso sí, cuando estuvo seguro de que ella se había ido, volvió a la flor oscura y se puso a mirar dentro de ella como si así fuera a descubrir algo del aroma a belleza femenina que la había rozado.

Lo sobresaltó una voz de hombre que gritaba por un megáfono en la parte interior del edificio, donde se celebraba el espectáculo de equitación. Miró su reloj de pulsera y se dio cuenta de que eran las cuatro menos cuarto. No se atrevería a hacer acto de presencia en la pista hasta media hora más tarde por lo menos. Se había saltado la última clase para tener algo de tiempo y ver otras exhibiciones antes del comienzo del espectáculo en el que iba a participar su hermano Renny. Sería entonces cuando Renny esperase verlo, pero se pondría de uñas con él si descubría que había faltado a una sola clase. Finch no había logrado aprobar el verano anterior los exámenes de ingreso, y tenía la humilde intención de ponérselo fácil ahora a Renny.

Pasó a la sección de automóviles. Mientras examinaba un lustroso descapotable de color azul oscuro, se le acercó un vendedor y empezó a explayarse en las bondades del vehícu-

lo. A Finch le daba vergüenza y, a la vez, estaba encantado de que lo trataran con deferencia y el apelativo de «señor». Estuvo unos minutos hablando con el hombre, intentó aparentar el mayor aplomo que pudo y escondió los libros. Cuando por fin se alejó de allí, sacó pecho y apretó el rictus, sereno, como un hombre.

Se fijó apenas en las manzanas expuestas, y en el acuario de los peces. Pensó asomarse a las jaulas de zorros plateados. Llevaba a esa sección una escalera larga. Había un mundo totalmente distinto allí arriba, debajo del tejado: un mundo que olía a desinfectante, un mundo de brillo en los ojos, de hocicos puntiagudos y pelo erizado y vigoroso. Estaban todos encerrados detrás de la malla metálica de las jaulas. Hechos un ovillo, dejaban un único ojo avizor, o se rascaban entre la paja limpia, buscaban una escapatoria a aquel horrible confinamiento, puestos de manos, mientras apuntaban sus caritas desdeñosas entre los huecos de la malla. Finch pensó que ojalá pudiera abrir la puerta de todas las jaulas. ¡Imaginó la estampida, los enfurecidos pasos por los campos otoñales, la frenética excavación de madrigueras hasta esconderse en la tierra hospitalaria si los liberaba! ¡Ay, si estuviera en su mano el privilegio de soltarlos y que corrieran libres para excavar y procrear en las entrañas de la tierra siguiendo el sino que los había traído al mundo!

Era como si se hubiera corrido la voz de jaula a jaula de que había venido alguien a socorrerlos. Allí donde miraba, se topaba con esperanzados ojos que parecían clavados en él. Los zorrillos bostezaban, se estiraban, temblaban expectantes. Esperaban...

Sonó una corneta en el piso de abajo. Finch volvió en sí. Arrastró los pies a toda prisa hasta la escalera y dio la espalda a los prisioneros.

Al pie del rellano había un hombre alicaído delante de una exposición de canarios. Abordó al chico, le ofreció un núme-

ro para una rifa. El premio sería un bonito pájaro en pleno canto.

«Solo veinticinco centavos por la participación —dijo—, y el canario vale veinticinco dólares. Toda una belleza. Aquí lo tienes en su jaula. Nunca crie pájaro mejor. Mira la forma que tiene, y el color que luce. ¡Y tenías que oírlo cantar! Menudo regalo para tu madre, jovencito, ¡y solo quedan seis semanas para Navidad!».

Finch pensó que, de haber estado viva su madre, habría sido un regalo extraordinario. Se imaginó entregándole el pájaro dentro de una jaula de metal chapado en oro a una bonita madre de unos veinticinco años apenas entrevista. Clavó los ávidos ojillos claros en el canario, de plumaje impoluto y rubicundo aspecto gracias al cuidado en la alimentación, y dijo algo incomprensible. El hombre de los canarios sacó un boleto.

«Aquí tienes: el número treinta y uno. No me extrañaría nada que fuera el número premiado. ¿Seguro que no quieres comprar dos? Qué más te da comprar dos ya que te pones».

Finch negó con la cabeza y sacó los veinticinco centavos. Iba maldiciéndose por ser tan flojo según bajaba las escaleras. Ya andaba mal de fondos sin tener que ponerse a tirar el dinero. Hizo por imaginar cómo reaccionaría Renny si lo atosigarán con que comprase un boleto para una rifa de un canario.

Después de hacer ese gasto, se abstuvo de pagar por el programa de mano con los números del espectáculo equino. Los asientos más baratos estaban muy concurridos, y se vio obligado a buscar uno cerca de las últimas filas, rodeado de toda suerte de hombres y jóvenes. Su compañero de asiento estaba bajo los efectos del alcohol. Se pegaba tanto a la cara la abultada programación de la semana que casi metía la nariz entre las líneas.